

celebrase la festividad de esta dulce y poderosa advocación, decreto ratificado por la autoridad apostólica de Benedicto XIII<sup>1</sup>. Alentado con tan conmovedores recuerdos, el gran Pontífice reinante León XIII, creyó ver, no sin inspiración del cielo, en esa misma devoción del rosario el remedio eficazísimo que reclaman con urgencia las gravísimas necesidades que hoy aquejan al mundo católico sin humana esperanza de remedio. León XIII ha dirigido repetidas veces la palabra apostólica á los fieles de la Iglesia universal para inflamarlos en el amor y la confianza de la Virgen del rosario, y sus heroicos esfuerzos no han sido ciertamente vanos. Verdad es que la Virgen prudentísima no nos ha concedido todavía el triunfo exterior de la Iglesia y su Pontífice, con que sueñan nuestros corazones, pero nos permite ya entrever la proximidad de un triunfo seguro y decisivo de la causa de Dios sobre las huestes satánicas; y, sea lo que fuere de la marcha de los acontecimientos, ordenados siempre por la sabia Providencia, no podemos dudar de que la Iglesia, lejos de perecer en la borrasca, florecerá con nuevo vigor sobre la tierra para iluminar y salvar las futuras generaciones. La reacción cristiana que se va verificando á ojos vistas en todas las partes del mundo, es un hermoso espectáculo, consolador en extremo.

13. Esperemos, amados hermanos: la Reina de la gracia, la Reina del sacratísimo rosario no abandonará nunca á los suyos. Colombia lo tiene bien experimentado. La gracia, decía San Bernardo, es el único bien de que en rigor tenemos necesidad. Medellín la necesita para conservar pura la fe de sus mayores, y puras

<sup>1</sup> Ex public. monum., apud Brev. rom.

sus costumbres siempre morigeradas y cristianas. Solicitemos cada día con ahincadas súplicas esas gracias de salvación para nosotros y para el mundo entero, y no dudemos obtenerlas abundantes por la eficaz intercesión de María. Así sea.

### PRIMER DISCURSO RELIGIOSO PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(pronunciado en la capilla del Colegio del Rosario, Bogotá, 1895).

#### El rosario es emblema de cristiana educación.

In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Eccli. 24, 25.

1. Rico argumento al discurso y poderoso estímulo á la elocuencia presenta, señores, la poética advocación de El Rosario con que hoy aclama á la Virgen María la Iglesia universal. Al valor histórico de este título que recuerda insignes proezas de la nueva Judit, libertadora del pueblo cristiano en horas de suprema angustia, añádese el colorido verdaderamente poético, el gracioso tinte de rosa que baña la festividad de la Reina de las gracias, de la Flor de las flores y Rosa sin espinas, que embellece y perfuma los jardines del cielo: *Quasi plantatio rosæ in Iericho*<sup>1</sup>.

Tal es, en general, la fiesta religiosa que la Iglesia condecora con el pomposo título de «solemnidad del santísimo rosario».

2. Pero ¿cuánto más solemne y halagüeña no debe ser esta advocación para vosotros, afortunados alumnos

<sup>1</sup> Eccli. 24, 18.



del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de la ciudad de Bogotá? Ricamente fundado por uno de los más distinguidos varones é insignes prelados de esta Iglesia<sup>1</sup>, altamente ennoblecido por numerosa pléyade de personajes ilustres educados en sus aulas, vése hoy este establecimiento, no sólo restaurado sobre las bases legítimas de su primera institución, sino también confiado á la sabia dirección de un respetable miembro del clero colombiano, que (séame permitido decirlo sin agraviar su modestia) es también una de las más puras glorias de las Letras nacionales<sup>2</sup>, con lo cual se ostenta nuevamente coronado de laureles, no inferiores en brillo á los de sus tiempos más felices. Tal cúmulo de circunstancias no puede menos de hacer de la gran fiesta de este día un acontecimiento en que á la par se interesan el amor patrio, el espíritu tradicional de corporación y el nobilísimo sentimiento religioso. ¡Ah! ¡supiera yo corresponder á vuestra benévola y justa expectativa, presentándoos el asunto de vuestra atención por un aspecto igualmente interesante á la religión, á la ciencia y á la patria! *Dignare me laudare te, Virgo sacrata!* ¡Pueda mi torpe lengua alabarte dignamente, ¡oh Virgen sacratísima! bajo este título del rosario consagrado por la piedad de los siglos, y en esa efigie venerable, ante la cual se postraron devotas tantas generaciones!

3. Para conseguir mi objeto, respetables señores, superiores y alumnos del colegio, quisiera presentar á vuestra ilustrada consideración el rosario de María como adecuado emblema de cristiana y completa educa-

<sup>1</sup> El Ilmo. Señor Don Fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santa Fe de Bogotá.

<sup>2</sup> El Señor Dr. Don Rafael María Carrasquilla.

ción; y que tal sea, pónenlo de manifiesto, si no voy errado, tres condiciones ó prerrogativas de la más católica de todas las plegarias, cuales son las de ser símbolo de toda nuestra fe, argumento de toda virtud y despertador de nuestras aspiraciones á la bienaventuranza, no siendo lícito desconocer, por otra parte, que la buena y verdadera educación ha de asentar por base la fe, fijar por objeto primario la moral, y señalar la bienaventuranza por fin último. ¡Dígnese la piadosa Virgen, á quien saludamos con el *Ave* tan dulce á sus oídos, esclarecer nuestra mente é inflamar nuestro corazón á gloria de su hijo, Dios y Salvador nuestro. *Ave María.*

#### I.

4. ¿Quién mejor que el oráculo del cristianismo, el sabio y piísimo León XIII, que con tantas veras ha encarecido á los fieles la devoción del rosario, nos podrá decir lo que contiene y significa esa célebre forma de oración revelada por la misma Virgen María al glorioso Padre Santo Domingo de Guzmán para debelar la famosa y pestilencial herejía de los albigenses? Oíd, pues, cómo se explica el Doctor del Rosario en una de sus últimas Encíclicas. «Corona, dice, hase llamado en el lenguaje común este modo de orar, y no sin razón, pues enlaza como en hermosa guirnalda los grandes misterios de Jesús y María, sus gozos, dolores y triunfos: misterios augustos, cuya pía y ordenada contemplación no es decible cuánto contribuya entre los fieles, así para el mantenimiento de la fe y la preservación del error y la ignorancia, como para el aliento y sostén de la virtud. Orando de esta forma, no pueden menos de seguir con el entendimiento y la memoria, guiados por la fe, tras la huella de aquellos encantadores



misterios; y, una vez fija en ellos la mirada y ahondándolos con el discurso, no acierta el espíritu á admirar bastantemente la grandeza inenarrable de la obra de la redención, á tanta costa y con tantos esfuerzos realizada. Entonces es cuando el alma enardecida con la gracia, al calor de tanta caridad divina, siente afirmarse y dilatarse su esperanza, santamente codiciosa de los premios celestiales, prometidos por Cristo á cuantos se le allegan con la imitación de sus ejemplos y la participación de sus dolores.»<sup>1</sup> Ved aquí tan clara como brevemente expuesto el valor maravilloso de esa sencilla plegaria, y, por consiguiente, el significado de ese título del rosario, que no sin fundamento podemos considerar como adecuado emblema de cristiana educación.

5. ¿Quién hay, en efecto, que no descubra á simple vista en la práctica del rosario una verdadera y franca profesión de fe en los principales dogmas del símbolo cristiano, en los artículos concernientes á la adorable Persona del Verbo Encarnado? Mirad ese grupo de personas que repiten á coro la salutación angélica, dobladas en el suelo las rodillas, y los brazos cruzados sobre el pecho: van pasando entre sus dedos las cuentas benditas, y al mismo compás van desfilando por delante de su espíritu las conmovedoras escenas de la vida, muerte y resurrección del Hombre-Dios. Una voz del grupo interrumpe de tanto en tanto la recitación para anunciar el misterio que debe contemplarse. ¡Son cristianos! ¿Podéis dudar de la ortodoxia de los fieles que rezan el rosario? ¡Jamás! Por eso cuando veis reunida una comunidad de jóvenes, al caer de la tarde,

<sup>1</sup> Encicl. de 1892.

en solitaria capilla para orar en esa misma forma ante la imagen querida de María, no podéis poner en duda la fe que profesan esos jóvenes, sus directores y maestros, el establecimiento entero; y os complacéis en ver cómo resalta el espíritu religioso que alienta en aquellos corazones. Por eso también el solo título del Rosario con que se honra un colegio, el mayor y más ilustre de los establecimientos de esta clase en Colombia, debería ser en todo tiempo la mejor garantía de la ortodoxia inequívoca de las doctrinas que en él se cultivan y profesan, so pena de servirle de afrenta, en el caso contrario, un título que pondría de relieve el injustificable olvido de la índole propia del establecimiento. Un colegio del Rosario, donde se blasfemase de los misterios del rosario, sería un contrasentido flagrante. Apenas es creíble que tal contrasentido llegase á realizarse en ciertas épocas aciagas. Porque, si la enseñanza allí impartida no era cristiana, si no se quería que lo fuese, sino todo lo contrario, ¿á qué fin continuaba apellidándose Colegio de Nuestra Señora del Rosario el degenerado instituto, fundado para servir de baluarte á las doctrinas de la Iglesia, y transformado en ariete de la irreligión? Felizmente María, dueña y señora de este glorioso plantel, no consintió en verse proscrita mucho tiempo, porque no quería que la educación pereciera en Colombia, envenenada con tósigo de impiedad y de blasfemia propinado en la copa de la ciencia.

6. Y verdaderamente mortífero debe llamarse aquel sistema odioso de educación, que tiene por máxima proscribir el dogma y la moral cristiana. ¿Cómo puede decirse educación lo que no es más que perversión de la mente y corrupción del corazón? Que, si educar es fundar algo sólido y grandioso, edificar conocimientos



útiles y labrar virtudes en el hombre, aprovechando diestramente los primeros albores de la razón que ensancha sus pupilas sedienta de luz, y los generosos arranques del corazón que se dilata aspirando el frescor de la virtud; ¿qué puede construir en el alma del niño la mano cruel que siembra en ella negaciones, y de verdades tan trascendentales y fecundas como las de religión y moral? ¿no es eso zapar los cimientos de todo el edificio? Con razón se lamenta el Supremo Pastor y Padre universal de los fieles de que se haya arrebatado la escuela en muchas partes á la influencia maternal de la Iglesia. ¿Qué es ver, dice el Pontífice<sup>1</sup>, á la tierna edad arrancada del regazo de su madre, y obligada á concurrir á aquellos establecimientos literarios donde, ó no se mienta á Dios para nada, ó, si se toca apenas la cuestión religiosa, es más bien con el designio de pervertir las ideas; donde no se opone el menor dique á la avenida de todos los errores, ni se tributa homenaje de adhesión á las divinas enseñanzas, ni siquiera se deja en libertad á la verdad para que por sí misma se defienda? Por otra parte, prosigue diciendo León XIII, cerrar á la Iglesia de Cristo las puertas de los institutos literarios y científicos, es desconocer impíamente sus derechos, pues á nadie más que á ella le ha impuesto Dios el deber de guiar á todos los hombres á la consecución de la salud eterna, y, por consiguiente, de enseñarles el camino y la ley, que no es otra que la religión. Á ninguna otra autoridad sobre la tierra corresponde esta misión; y, no pudiendo la sociedad procurarse por sí sola este beneficio, la Iglesia reclama constantemente su derecho de

<sup>1</sup> Epist. ad episcop. Bavaricæ.

enseñar la verdad religiosa, y se queja de que se le niegue con notoria violación de la justicia.

7. No seremos nosotros, señores, del número de aquellos que opinan que la investigación de la verdad religiosa, lo mismo que la de otra cualquiera, pertenece al dominio exclusivo de la razón humana, cuyos alcances no excede, desconociendo de esta suerte el hecho indiscutible de la divina revelación, y aun desnaturalizando un linaje de verdades que por su misma índole dependen de un principio superior, cual es la suprema autoridad divina. Siendo, pues, de absoluta necesidad para el ser moral el conocimiento de Dios y de cuanto concierne á las relaciones del hombre con su soberano principio y fin último, y no pudiendo adquirirse este conocimiento perfecto, á la manera de los demás que abraza el programa de la ciencia, esto es, por obra del discurso, antes debiendo dimanar de otra fuente — la autoridad de la palabra divina —, resulta por ineludible consecuencia la necesidad de asentarse sobre la base de la fe sobrenatural toda educación seria que no quiera hacer traición á sus deberes. Sistema educacionista laico, ó llámese como se quiera, esto es, tal que pretenda borrar de su programa la enseñanza religiosa, desconociendo los derechos sacrosantos de la fe sobre el entendimiento, ¿qué puede dar por fruto sino espíritus enfermizos, inteligencias endebles y vacías de principios, escepticismo en el cerebro y rebeldía en el corazón? ¿qué clase de hombres puede formar una educación racionalista, una educación sin religión ni fe? Porque es preciso no dar oídos al grosero sofisma que trata de conciliar la afirmación de Dios con la negación del símbolo cristiano, vindicando la educación laica de la fea nota de ateísmo. En vano se pretende conservar



ilesa la noción del ser divino y de sus atributos en esos sistemas arrogantes que rechazan con desdén la sumisión intelectual á la palabra del mismo Dios que se revela y manifiesta diciendo: *¡Yo soy el que soy!*<sup>1</sup> *Yo soy el Señor Dios vuestro: fuera de mí no hay otro Dios*<sup>2</sup>. «Arrojad del altar de vuestra loca fantasía esos dioses falsos que os habéis forjado, no con vuestras manos, sino con vuestros vanos discursos.» Demasiado lo sabemos de boca de esos mismos sabios que no hacen un misterio de su mal disfrazado ateísmo: sin fe, sin fe cristiana no queda en pie ninguna verdad religiosa, ni siquiera la más luminosa de todas, la existencia de Dios. ¡Contundente argumento de la verdad de la religión revelada, ser ella sola el baluarte inquebrantable de la religión natural!

8. Mas no creáis, señores, que sea solamente por el interés de la causa religiosa por lo que debe guardarse incólume y rodeado de prestigio el sagrado depósito de la fe que presta á la educación tan importante base y cimiento tan necesario; es también en gracia de la ciencia digna de este nombre, cuya armonía con la verdad revelada interesa grandemente afianzar en todo establecimiento de enseñanza superior, pero más en aquellos en donde, como en palestra propia, se debaten los grandes problemas filosóficos. Porque, si en algún departamento del saber es preciso aprovecharse de cuantas luces ofrece al humano entendimiento la antorcha de la revelación, es en ese intrincado laberinto de la discusión filosófica, en el cual se perdería infaliblemente quien osase penetrar confiado únicamente en la escasa luz de la razón. Tan arduo es

<sup>1</sup> Ex. 3, 14.<sup>2</sup> Is. 45, 5.

el camino, tan laboriosa la investigación de la verdad en el terreno de la metafísica, de la razón pura, que, si una lumbre superior no viene en auxilio de la humana inteligencia, si una brújula divina no le muestra el norte, aunque parezca exageración afirmarlo, no cosechará otro fruto de sus esfuerzos el más agudo ingenio, que enredarse más y más á cada paso en un caos de aberraciones absurdas, como dice el Apóstol: *ad circumventionem erroris*<sup>1</sup>, girando eternamente en el círculo vicioso de todos los errores. No es esto deprimir sistemáticamente la dignidad de la razón; es hacer constar, de acuerdo con la historia, su estado actual de extrema flaqueza para fijar por sí sola la verdad.

Increíble parece lo que cada día nos está mostrando la experiencia. Separada abiertamente del camino de la fe, la filosofía moderna no ha hecho más que escandalizar al mundo con doctrinas disolventes, después de mofarse del sentido común y ponerse ella misma en el colmo del ridículo. ¿Hay cosa más extravagante y desastrosa que ciertas doctrinas filosóficas de que neciamente se gloria nuestro siglo? ¡Ah! señores; ya parece que sería tiempo de que todos reconociesen la verdad acerca de este punto, desistiendo de una vez para siempre del funesto empeño de buscar antagonismos imposibles y atizar discordias entre principios simpáticos que se buscan porque se derivan de una misma fuente, que se atraen porque se completan, como son la razón y la fe, sin cuyo concurso armónico la ciencia de las ciencias, la filosofía, no puede cimentarse siquiera, cuanto menos coronar sus nobilísimos propósitos. Más

<sup>1</sup> Eph. 4, 14.